

INTRODUCCION

La Teología moral ha tenido que bregar en serio durante estos cien últimos años en el conjunto de la Iglesia católica. Y la tarea continúa. Quedan todavía muchos objetivos que cumplir. Entre ellos, el de fijar su propia especificidad teológica y cristiana frente, p.e., a una ética o derecho natural. Las *Institutiones morales* que aparecen a comienzos del siglo XVII se centran principalmente en el análisis de la conciencia. Toman los materiales de la *Prima Secundae* de Santo Tomás, pero deshacen su síntesis, más agustiniana que aristotélica. En ella la Ley y la Conciencia se encontraban tensadas entre la *beatitudo* y la *gratia*. El nuevo género que surge a consecuencia de la reforma católica (o Contrarreforma) respondía a otras necesidades que hoy, tras las investigaciones históricas, poco a poco se van aclarando. Ello no supone sin más que acertara en su cometido totalmente desde el principio.

En el diálogo con la modernidad, de la que Lutero y la reforma no habían sido más que el amanecer, la Teología católica estableció cada vez con más decisión sus principios dentro del derecho o la ley natural. Fue un mérito de los hombres de aquel tiempo que, a la hora de valorar su actitud dialogal, no se puede olvidar. Pero la Teología moral, si quiere superar la Casuística, si quiere ser realmente Teología, debe reflexionar sobre la actuación global del «hombre nuevo», agraciado en Cristo desde el principio. La *distinción* entre sobrenatural y natural ayuda a clarificar el aspecto de la gratuidad. En este sentido es «real». Pero no sirve presentada como *alternativa*. La «realidad» es siempre *una*.

Las circunstancias culturales actuales invitan nuevamente a proseguir el camino emprendido. Agotada la filosofía de la Ilustración y de la Razón abstracta en la síntesis hegeliana, irrumpen en pleno siglo XIX

cada vez con más fuerza las corrientes personalistas. El hombre, la persona humana, no es un mero caso particular de un principio general. Es persona, relación tú-yo. Mas persona o «personalismo» no quieren decir *ipso facto* subjetivismo, carencia de metafísica u objetividad. Antes al contrario, invitan a la síntesis, a la creación de una «meta-física de la intersubjetividad». Por eso la necesidad de continuar hasta el final el camino emprendido por las *Institutiones morales* se hace cada vez más apremiante en la Teología escolar.

* * *

Dentro de este último tipo de Teología, de carácter evidentemente didáctico, es sólo en el presente siglo cuando nace por fin la Teología Moral como disciplina autónoma, con método propio y con profesores especialmente formados para ello. Los documentos eclesiásticos, y en especial las dos Constituciones Apostólicas de nuestro siglo, así lo han reconocido.

La Facultad de Teología de Oña-Deusto tuvo buena parte en esa lid. Los nombres de Villada, Arregui, Zalba, etc., adquirieron resonancias internacionales. Los trabajos que aquí presentamos intentan hacer ver estas aportaciones desde la distinta perspectiva que dan la diferencia generacional y las situaciones concretas.

M. ZALBA, profesor en Oña durante muchos años antes de ser llamado a la Universidad Gregoriana, ha sido protagonista en gran parte de este proceso que hemos descrito. Ahora en su estudio nos ofrece su punto de vista, avalado por una larga experiencia científica y didáctica. Es necesario oírle, aunque duela. Creemos que los trabajos de investigación son el terreno más abonado para el diálogo sereno y constructivo.

J. VÉLEZ, profesor actual en la Facultad, se hace eco de otros planteamientos que también, críticamente, deben ser analizados y asimilados. En un primer estudio concluye que a partir de 1950 aproximadamente va cuajando poco a poco una moral predominantemente personalista como reacción ante las limitaciones y deficiencias de la moral tradicional, predominantemente objetivista. Los elementos que determinan este avance progresivo del personalismo moral son, por una parte, filosófico-sicológicos y, por otra, bíblico-teológicos. *La Ley de Cristo* es la primera obra sistemática que recoge este personalismo de una manera estructurada y se orienta en la línea bíblico-cristológica y dialogal que ha hecho posible la reflexión filosófica-teológica anterior y que sanciona la *Optatam totius* n. 16. Esta perspectiva será el enfoque desde el que debe elaborarse toda Teología Moral que pretenda lla-

marse conciliar. Así entre 1950 y 1980 se constata el descenso de la tendencia que poseía la primacía y que se la calificaba como común y tradicional, de corte predominantemente «objetivista», y el ascenso de la «personalista», hasta convertirse esta última en la opinión «communior» y predominante. La aceptación teórica del personalismo moral es clara. Con todo, al ir avanzando, el personalismo moral se va matizando y profundizando, al paso que se purifica de ciertas exageraciones de primera hora.

E. LÓPEZ AZPITARTE, profesor en la Facultad de Cartuja-Granada, analiza en su trabajo un aspecto de la persona humana no metafísico (y por lo tanto no deducible *a priori*), pero sí real, que de ningún modo puede quedar marginado: la sexualidad y su dimensión social. Marxistas y freudianos en nuestro tiempo se acercan mutuamente y complementan sus posiciones de partida, demasiado unilaterales en un principio. La Filosofía, y consiguientemente la Teología de la persona humana, quedarán enriquecidas si aciertan a integrar esta convergencia, lograda desde puntos de vista tan diferentes.

Finalmente, en un último artículo J. VÉLEZ intenta decantar lo válido de los nuevos planteamientos morales, aparentemente tan distintos, con vistas a esa antropología teológica que tanto se echa de menos. En primer lugar, la aceptación teórica del personalismo moral sancionado por el Vaticano II es clara en el período comprendido entre 1965-1980. Y esa misma aceptación se da en las obras sistemáticas. Un hecho es manifiesto: ante este avance del personalismo moral, dejan de publicarse prácticamente todas las obras preconciarias con un enfoque tradicional. La comparación de cualquiera de los manuales tradicionales con los de cuño conciliar demuestra el cambio que ha supuesto la aceptación de este enfoque. Todos los autores analizados colocan en el lugar central la Revelación positiva de Dios en Cristo. Con todo, se dan divergencias entre ellos. Un grupo insiste más en el aspecto filosófico y el otro en el bíblico-religioso. En cuanto a la metodología moral, se dan dos orientaciones predominantes: la mayoría de ellos estructuran su moral tomando como punto de partida la antropología cristiana contenida en la revelación, continúan desde ella con la reflexión teológica y terminan en diálogo con las antropologías filosóficas y con las ciencias del hombre en general. En cambio otros parten de una metodología distinta de la pedida por el Vaticano II (quizás porque parten del hombre secular y científico, con el que conviven y comparten sus problemas). Pero terminan siempre con el hombre de la Fe, sin olvidar nunca su tarea de teólogos y la meta final de la Teología moral. En relación con el aspecto social de

la respuesta, unos autores muestran mayor sensibilidad que otros a la necesidad de responder a la llamada de Dios en Cristo «produciendo frutos en la caridad para la vida del mundo».

* * *

Cualquiera, pues, que sea el modelo de hombre que nos presente la Teología moral renovada, dado el entramado profundo entre «la cuestión de Dios» y «la cuestión del hombre», éste deberá decir siempre en su diálogo o respuesta: «Otórganos lo que ordenas y ordena lo que te plazca.»